

de por medio, y las ondas que han tragado en sus abismos flotas enteras serán las únicas depositarias de tan funesto secreto.

Leicester procuraba calmar, con razonamientos de esta especie, los remordimientos de su conciencia acerca de un plan de venganza adoptado tan precipitadamente, y sobre sus miras de ambicion que se habian hecho tan inseparables de todos sus designios y acciones, que ya no podia resolverse á abandonarlas. La venganza le parecia ya justicia y tal vez generosidad y moderacion.

Con estas disposiciones entró el ambicioso y vengativo conde de Leicester en el magnifico recinto del *lugar del Placer*, alumbrado por la luna llena. Sus brillantes rayos reflejaban por todas partes sobre la piedra blanquecina de que las balaustradas y los demas adornos de arquitectura estaban contruidos. No se descubria en el cielo azulado la mas pequeña nubecilla, de modo que el cuadro que tenia á la vista era casi tan visible como si hubiera acabado de ponerse el sol. Las diferentes estatuas de mármol blanco parecian, en medio de esta luz pálida, otras tantas fantasmas que salian amortajadas de las sepulturas. Las fuentes subian al aire, esparciendo el agua que volvia á caer como una lluvia plateada por los rayos de la luna. El calor del

día habia sido escesivo, y el vientecillo dulce de la noche suspiraba con un soplo tan ligero como el del abanico de uua señorita. Los ruiseñores habian hecho sus nidos en el jardin próximo, y todos aquellos cantores se consolaban, en las noches del estío, de su silencio durante el día, con inimitables conciertos, cuya armonía, ya viva y alegre, ya patética, exprimia al parecer el embeleso que les causaba el espectáculo tranquilo y delicioso á que añadian ellos el encanto de su voz melodiosa.

Pensando en todo menos en el susurro de las aguas, la claridad de la luna, ó los gorgoros del ruiseñor, el noble conde de Leicester se paseaba de un lado á otro, embozado en su capa y con la espada debajo del brazo, sin descubrir cosa alguna que tuviese forma humana.

— Me ha engañado mi generosidad, decia; he dejado escapar á ese pícaro, y tal vez para que pudiese ir á librar á su adúltera amiga que no va muy bien escoltada.

Tales eran sus sospechas; pero se desvanecieron pronto cuando descubrió á un hombre que se acercaba poco á poco, despues de haber pasado el pórtico, y cuya sombra oscurecia los objetos al pasar segun iba andando.

— ¿No seria bueno herir ántes de escuchar esa voz odiosa? dijo entre sí mismo

Leicester empuñando su espada. Pero no, quiero saber cuales son sus viles proyectos; quiero observar, por mas horrible que sea este examen, los pliegues y repliegues de este réptil impuro, ántes de emplear la fuerza para estrujarle.

Abandonó el puño de su espada, y se adelantó poco á poco ácia Tresilian, echando mano de toda la serenidad de que era capaz; un instante despues se hallaron al frente uno de otro.

Tresilian hizo una profunda reverencia, á que correspondió el conde con una inclinacion desdeñosa de cabeza diciendole:

— Quería vm. hablarme en secreto, señor; aquí estoy, ya escucho.

— Milord, dijo Tresilian, lo que tengo que comunicar á vm. me interesa de tal modo, y deseo con tal ansia hallar en vm. una atencion paciente y favorable, que procuraré desde luego disculparme de todo lo que ha podido preoocupar á vuestra señoría contra mí. ¿Me cree vm. su enemigo?

— ¿Me faltan motivos aparentes para creeros tal? replicó el conde viendo que Tresilian aguardaba una respuesta.

— Es vm. injusto, milord; soy amigo del conde de Sussex á quien los cortesanos llaman vuestro rival, pero no soy ni su prote-

gido, ni su partidario, y he notado hace mucho tiempo que las cortes y sus intrigas no convienen ni á mi carácter ni á mis ideas.

— Sin duda, dijo Leicester, hay otras ocupaciones mas dignas de un sabio de la reputacion del señor Tresilian; el amor tiene sus intrigas como la ambicion.

— Veo, milord, replicó Tresilian, que da vm. demasiada importancia á la antigua inclinacion que tuve por la desgraciada persona de que debo hablar á vm., y quizá piensa tambien que vengo á defender su causa por espíritu de rivalidad, mas bien que por el interes de la justicia.

— Sean cuales fueren mis ideas en esa parte, señor, dijo el conde, prosiga vm.: hasta ahora no me ha hablado vm. sino de sí mismo; es un asunto ciertamente muy grave y muy importante, pero no me interesa personalmente de un modo bastante fuerte para abandonar por él mi reposo. Dejese vm. de preámbulos, señor mio, diciendome lo que tiene que decirme, si tiene vm. que hablarme efectivamente de alguna cosa que me pueda interesar. Luego que haya acabado vm., le comunicaré en cambio otro asunto.

— Siendo eso asi, voy á hablar sin rodeos, milord, dijo Tresilian; y como lo que tengo

que decir toca de cerca al honor de vuestra señoría, estoy seguro de que no mirará vm. como perdido el tiempo que emplee en escucharme. Tengo que pedir cuenta á vuestra señoría de la desdichada Amy Robsart, cuya historia conoce vm. muy bien. Siento el no haber adoptado desde un principio este medio, y no haber hecho á vm. juez entre el perverso que la ha ultrajado y mi persona. Milord, ella ha logrado librarse de un cautiverio ilegal; su vida estaba en peligro; ella esperaba que sus representaciones producirían algun efecto en su esposo indigno; me habia obligado á prometerla suspender toda defensa por mi parte, hasta que hubiese empleado los medios de forzarle á reconocer sus derechos.

— Señor, dijo Leicester, ¿sabe vm. de quien está hablando?

— Hablo de un esposo indigno, milord, dijo Tresilian, y mi respeto no puede encontrar un language menos severo. Esa desdichada persona se halla sustraída á mis miradas, y secuestrada en algun sitio secreto de este castillo, si acaso no está ya encerrada en algun retiro mas propio para la ejecucion de un proyecto criminal. Semejante conducta debe ser reprimida: hablo en virtud de la autoridad que he recibido de su padre; ese fa-

tal casamiento debe ser publicado y probado delante de la reina; Amy debe verse libre de toda opresion, y disponer de sí misma: permitame vm. añadir que el honor de vuestra señoría está principalmente interesado en que se haga entera justicia á semejantes demandas.

El conde quedó hecho una estatua al oír á un hombre, de quien creia haber recibido la mas sangrienta afrenta, defender con tal serenidad la causa de su culpable amiga, como si fuese la mas inocente de todas las mugeres, y él un abogado imparcial. Y no se disminuyó su admiracion al ver con que calor reclamaba para ella el rango y los honores que habia envilecido, y que sin duda debia gozar de mancomun con el amante que emprendia su defensa con tal descaro. Mas de un minuto habia pasado desde que cesó de hablar Tresilian, sin que volviese el conde en sí del estupor; y si se consideran las preocupaciones que le dominaban, nadie estrañará que se dejase arrastrar de su cólera, prescindiendo de toda consideracion.

— He oido á vm. sin interrupcion, señor Tresilian, dijo el conde, y bendigo á Dios por no haber oido jamas hasta hoy la voz de un pícaro tan desvergonzado. La penca del verdugo es la que debiera castigar á vm., y

no la espada de un señor. Sin embargo defendete, malvado, defendete.

Al decir esto, dejó caer la capa, dió á Tresilian un fuerte golpe con la vaina de su espada, y sacandola al punto, se dispuso á acometerle. Su violencia habia desde luego causado en Tresilian igual sorpresa que en el conde el haberle escuchado. Pero se siguió á esta sorpresa el enojo, cuando á las injurias tan poco merecidas añadió un golpe que anunciaba un próximo combate. Sacó al punto su espada Tresilian, y aunque se servia de esta arma con menos destreza que el conde, era sin embargo bastante capaz de sostener el combate con valor, y con mayor razon por estar mas sereno que Leicester, pues no podia menos de atribuir su conducta á un verdadero frenesí, ó al influjo de alguna ilusion inesplicable.

Continuaba el combate durante muchos minutos sin que ninguno de los dos rivales fuese herido, cuando de repente se oyeron voces y pasos precipitados ácia el pórtico.

— Vienen á interrumpirnos, dijo Leicester á su antagonista, sigame vm.

Al mismo tiempo se oyó una voz que decía: — Tiene razon, tiene razon, estan riñendo.

Entónces Leicester llevó á Tresilian á un sitio oculto detras de una fuente, en donde

estuviéron, miéntras que seis soldados de la guardia de la reina pasaban muy cerca, y oyéron á uno de los soldados que decia á los demas:

— No podrémos encontrarlos, pues sin duda se habrán escondido al vernos venir; pero si no damos con ellos ántes de llegar al otro extremo, volverémos por aquí, pondrémos una centinela á la entrada del jardin, y quedarán encerrados esos espadachiues hasta la mañana.

— Buen fregado por cierto, dijo otro, desenvainar su espada tan cerca de la habitacion de la reina, y en su mismo palacio, por decirlo asi. Serán algunos baladrones borrachos, y seria lástima dar con ellos, porque la ley los condena á perder una mano: ¿no es asi?

— Tambien eres tú un quimerista, Jorge, dijo otro; pero cuidado con ella, porque la ley es esa.

— Sí, dijo el primero, si quieren seguirla á la letra, porque este palacio no es de la reina, es el palacio de milord de Leicester.

— Si no hay otra razon mas fuerte en su favor, el castigo seria igualmente severo, dijo otro; pues si nuestra graciosa ama es reina, como lo es en efecto, gracias á Dios, milord de Leicester no está léjos de ser rey.

— Calla, bribon, dijo un tercero, ¿sabes si hay alguno que te escuche?

Continuáron su camino buscando por todas partes, pero mas ocupados al parecer en su conversacion que en descubrir los perturbadores nocturnos.

Luego que hubiéron pasado, Leicester hizo señas á Tresilian para que le siguiese, y se escapó por el lado opuesto, atravesando el pórtico sin ser notado. Condujo á Tresilian á la torre de Mervyn, en donde habia recordado su alojamiento, y le dijo ántes de separarse:

— Si tienes bastante valor para dar fin al combate comenzado, quedate á mi lado cuando salga mañana la corte: escogerémos un momento favorable, y te avisaré cuando sea tiempo.

— Milord, dijo Tresilian, en cualquiera otra circunstancia hubiera podido preguntar á vm. la causa del extraño furor que le anima contra mí; pero el insulto que he recibido no puede lavarse sino con sangre, y aunque hubiese vm. llegado al rango mas elevado á que aspira su ambicion, vengaria del mismo modo mi honor ofendido.

De este modo se separáron, pero las aventuras de la noche aun no se habian acabado para Leicester. Tuvo que pasar por la torre de San Lowe, para llegar al tránsito que conducia á su habitacion, y encontró al lord

Hunsdon con una espada desnuda debajo del brazo.

— ¿Y vm. tambien, milord de Leicester, dijo el veterano, se ha despertado con esta alerta?... Está bueno; por vida del diablo, en el castillo de vm. no hay un momento de tranquilidad ni de dia ni de noche. Aun no hace dos horas que me han despertado los gritos de esa pobre loca lady Varney, que su esposo se llevaba á la fuerza. Yo le aseguro á vm. que solo las órdenes de la reina y las de vm. eran capaces de impedirme tomar cartas en este asunto, y romper los cascós á vuestro favorito. Ahora vea vm. otras querellas y combates en el lugar del Placer.... ¿Como llama vm. este sitio en donde estan todas aquellas chucherías?

La primera parte del discurso del viejo fué para el conde una puñalada. Respondió que habia oído el ruido de las espadas, y que habia bajado para poner modo á los insolentes que tenian la audacia de batirse tan cerca de la reina.

— Siendo eso asi, dijo Hunsdon, espero que vuestra señoría me acompañará.

Leicester se vió obligado á volver al lugar del Placer con el buen viejo: allí Hunsdon supo de los hombres de la guardia, que estaban á sus órdenes, los pasos inútiles que

habian dado para encontrar á los alborotadores, y les dejó en pago de su trabajo una docena de maldiciones, llamandolos ademas perezosos, descuidados y holgazanes.

Leicester tuvo tambien por conveniente mostrarse muy enfadado por igual motivo; pero al fin dió á entender al lord Hunsdon, que en resumidas cuentas no podian ser sino algunos calaveras borrachos, que quedaban bien castigados con el susto que les habria causado el verse perseguidos de aquel modo.

Hunsdon, que era tambien cofrade del trago, convino en que el vino debia servir de excusa á muchos de los desórdenes que causa, y añadió:

— Pero si vuestra señoría no modera algun tanto su liberalidad en el gasto de la casa, y no pone modo en la distribucion del vino, del ale y de los licores, me veré al fin obligado á poner presos á muchos guapos, y á zurrarles bien la badana; y con esto tenga vm. muy buena noche.

Muy contento de verse libre de él, se despidió Leicester á la entrada de su alojamiento, en donde se habian encontrado al principio; volvió luego al tránsito secreto, y tomó la lámpara que habia dejado allí, cuya escasa luz le guió hasta su habitacion.

CAPITULO XLI.

A un lado, á un lado, señores,
Vamos, dejadme pasar,
Que mi caballo es un viento
Cuando empieza á galopar.
Os diré, y lo diré en verso,
Que está ufano el animal
De descender de una raza
Mas noble que los demas.
Su padre se hizo famoso
Cuando á su real magestad,
La hija de Enrique, Leicester
Dió una fiesta sin igual.

Máscaras de los mochuelos, por Ben Johnson.

LA diversion que se preparaba á Isabel y á su corte para el dia siguiente, era un combate entre los Ingleses y los Dinamarqueses, que debian representar los fieles y animosos habitantes de Coventry, en conformidad de una costumbre conservada en su antiguo pueblo, y cuyas crónicas daban fé de su autenticidad.

Los ciudadanos, divididos en dos bandos, Sajones y Dinamarqueses, recordaban en versos bastante duros, acompañados de golpes más duros todavía, las querellas de aque-